



Una tormenta en Occidente: el paradigma intelectual liberal se ha roto

ALASTAIR CROOKE :: 01/06/2025

El engaño radica en subordinar el bienestar del hombre y de la comunidad a los mercados y en suponer que el consumo excesivo es una recompensa suficiente por el vasallaje inherente

Presentación en las XXIII Jornadas Científicas Internacionales Likhachev, Universidad de Humanidades y Ciencias Sociales de San Petersburgo, 22-23 de mayo de 2025 - «Transformar el mundo: problemas y perspectivas», XXIII Jornadas Científicas Internacionales Likhachev, San Petersburgo

El año pasado, en San Petersburgo, planteé la siguiente pregunta:

¿Saldrá Occidente de su guerra cultural como un socio potencial más dócil? ¿O se desintegrará y recurrirá a la belicosidad en un intento por mantener la cohesión?

Bueno, eso era entonces. La "contrarrevolución" ya está en marcha en forma de la "tormenta" Trump.

Y Occidente *ya se ha desintegrado*: el proyecto Trump está poniendo a EEUU patas arriba y en Europa hay crisis, desesperación y furia por derrocar a Trump y "todas sus obras".

¿Es esto entonces 'el fin'? ¿La esperada revuelta contra la imposición cultural 'progresista'?

No. Esto no es todo lo que suponen los cambios silenciosos y atronadores que se están produciendo en EEUU. Estos están provocando cambios políticos mucho más complicados. No será una simple cuestión de rojos contra azules. Porque aún queda otra 'bomba' por estallar, más allá de la revolución MAGA.

La verdadera acción en EEUU no está teniendo lugar en los seminarios de Brookings ni en los artículos de opinión del New York Times.

Está ocurriendo entre bastidores, fuera de la vista, más allá del alcance de la sociedad educada y, en su mayor parte, fuera del guion. EEUU está experimentando una transformación más parecida a la que sufrió Roma en la época de Augusto.

Es decir, lo principal es el colapso de un orden elitista paralizado y el consiguiente despliegue de nuevos proyectos políticos.

El colapso del paradigma intelectual del liberalismo global --sus delirios junto con su estructura tecnocrática de gobierno asociada-- trasciende la división entre rojos y azules en Occidente. La disfuncionalidad absoluta asociada a las guerras culturales occidentales ha puesto de relieve que debe cambiar todo el enfoque de la gobernanza económica.

Durante treinta años, Wall Street vendió una fantasía, y esa ilusión acaba de hacerse añicos. La guerra comercial de 2025 ha puesto al descubierto la verdad:

la mayoría de las grandes empresas estadounidenses estaban unidas a duras penas por frágiles cadenas de suministro, energía barata y mano de obra extranjera. ¿Y ahora? Todo se está desmoronando.

Francamente, las élites liberales simplemente han demostrado que no son competentes ni profesionales en materia de gobernanza. Y no comprenden la gravedad de la situación a la que se enfrentan: que la arquitectura financiera que solía producir soluciones fáciles y prosperidad sin esfuerzo ha caducado hace tiempo.

El ensayista y estratega militar Aurelien ha escrito en un artículo titulado 'La extraña derrota' (original en francés), donde la 'derrota' consiste en la 'curiosa' incapacidad de Europa para comprender los acontecimientos mundiales:

... es decir, la disociación casi patológica del mundo real que [Europa] muestra en sus palabras y acciones. Sin embargo, incluso a medida que la situación se deteriora... no hay señales de que Occidente esté adquiriendo una visión más realista, y es muy probable que siga viviendo en su construcción alternativa de la realidad, hasta que sea expulsado por la fuerza.

Sí, algunos entienden que el paradigma económico occidental del consumismo hiperfinanciarizado y basado en la deuda ha llegado a su fin y que el cambio es inevitable; pero están tan inmersos en el modelo económico anglosajón que permanecen paralizados en la telaraña. No hay alternativa (TINA, *there is no alternativa*) es la consigna.

Por lo tanto, Occidente se ve continuamente superado y decepcionado cuando trata con Estados que al menos hacen un esfuerzo por mirar hacia el futuro de forma organizada.

Occidente está en crisis, pero no en el sentido en que lo creen los progresistas o los tecnócratas burocráticos o los medios. Su problema no es el populismo ni la polarización ni cualquier otro tema 'de moda' que se trate esta semana en los programas de entrevistas de los medios de comunicación dominantes.

El mal más profundo es estructural: el poder está tan difuso y fracturado que no es posible ninguna reforma significativa. Todos los actores tienen poder de veto y ninguno puede imponer coherencia. El politólogo Francis Fukuyama acuñó el término para describir esta situación: "vetocracia", una condición en la que todos pueden bloquear, pero nadie puede construir.

El comentarista estadounidense Matt Taibbi observa:

Retrocediendo, en un sentido más amplio, sí que tenemos una crisis de

competencia en este país. Ha tenido un enorme impacto en la política estadounidense.

En cierto sentido, la falta de conexión con la realidad --con la competencia-- está arraigada en el neoliberalismo global actual. En parte, puede atribuirse al aclamado mensaje de Friedrich von Hayek en 'Camino de la servidumbre', según el cual la interferencia del Gobierno y la planificación económica conducen inevitablemente a la servidumbre. Su mensaje se difunde con regularidad cada vez que se plantea la necesidad de un cambio.

La segunda pauta (mientras Hayek luchaba contra los fantasmas de lo que alguna vez fue socialismo) era la de los estadounidenses que sellaban una unión con la Escuela Monetarista de Chicago, cuyo hijo sería Milton Friedman, que escribiría la edición estadounidense de 'El camino hacia la servidumbre', que (irónicamente) se tituló 'Capitalismo y libertad'.

El economista Philip Pilkington escribe que la ilusión de Hayek de que los mercados equivalen a 'libertad' se ha extendido hasta el punto de saturar por completo el discurso.

En compañía educada y en público, se puede ser de izquierdas o de derechas, pero siempre se será, de una forma u otra, neoliberal; de lo contrario, simplemente no se le permitirá participar en el discurso.

Cada país puede tener sus propias peculiaridades, pero en términos generales siguen un patrón similar: el neoliberalismo basado en la deuda es, ante todo, una teoría sobre cómo reestructurar el Estado para garantizar el éxito del mercado y el de sus participantes más importantes: las empresas modernas.

Sin embargo, todo el paradigma (neo)liberal se basa en esta noción de maximización de la utilidad como pilar central (como si las motivaciones humanas se definieran de forma reduccionista en términos puramente materiales).

Postula que la motivación es utilitaria --y solo utilitaria-- como su engaño fundamental. Como han señalado filósofos de la ciencia como Hans Albert, la teoría de la maximización de la utilidad descarta a priori la representación del mundo real, lo que hace que la teoría sea imposible de probar.

Su engaño radica en subordinar el bienestar del hombre y de la comunidad a los mercados y en suponer que el consumo excesivo es una recompensa suficiente por el vasallaje inherente.

Esto se llevó al extremo con Tony Blair, quien afirmó que, en su época, no existía la política. Como primer ministro, presidió un gabinete de expertos técnicos, oligarcas y banqueros, cuya competencia les permitía dirigir el Estado con precisión. La política había terminado; dejémosla en manos de los tecnócratas.

El gobierno conservador británico elegido en 1979 decidió así, en lugar de imitar

a los competidores exitosos de Gran Bretaña y hacer lo contrario de lo que ellos hacían, confiar esencialmente en la magia. "Así, todo lo que tenía que hacer el Gobierno era crear el entorno mágico adecuado (impuestos bajos, pocas regulaciones) y los «espíritus animales" de los empresarios harían espontáneamente el resto, gracias a la «magia» (interesante elección de palabras) del «mercado». Sin embargo, el mago, tras invocar estos poderes, debía asegurarse de mantenerse alejado de su funcionamiento», como ha escrito Aurelien.

Las ideas fueron tomadas de la centroizquierda estadounidense, pero el cosmopolitismo las difundió por toda Europa.

La fijación anglosajona (ahora más ampliamente occidental) por los arquetipos de empresarios heroicos y universitarios que abandonan los estudios ha ocultado el hecho histórico de que ninguna industria importante ni ninguna tecnología clave se ha desarrollado jamás sin cierto nivel de planificación y estímulo gubernamental.

Es evidente que estos sistemas de ideas globalistas y liberales son ideológicos (si no mágicos), más que científicos. Y una ideología, cuando deja de ser eficaz, será sustituida en el futuro por otra.

La lección que se desprende de todo ello es que, cuando un Estado se vuelve incompetente, acaba surgiendo alguien para gobernarlo. No por consenso, sino por coacción. Un remedio histórico para esta esclerosis política no es el diálogo ni el compromiso, sino lo que los romanos llamaban proscrición, una purga formalizada.

Sila lo sabía. César lo perfeccionó. Augusto lo institucionalizó. Quitarles los intereses a las élites, negarles los recursos, despojarlas de sus propiedades y obligarlas a obedecer... ¡o si no!

Como ha predicho el crítico político y cultural estadounidense Walter Kirn:

Así que, mirando hacia el futuro, ¿qué va a querer la gente? ¿Qué va a valorar la gente? ¿Qué va a apreciar? ¿Van a cambiar sus prioridades? Creo que van a cambiar mucho....

[Los estadounidenses] van a querer preocuparse menos por las cuestiones filosóficas y/o incluso políticas a largo plazo sobre la equidad y demás, predigo; y van a querer tener unas expectativas mínimas de competencia. En otras palabras, este es un momento en el que las prioridades cambian y creo que se avecina un gran cambio: un cambio enorme, porque parece que hemos estado lidiando con problemas de lujo y, sin duda, hemos estado lidiando con los problemas de otros países, Ucrania o Israel o Taiwan o quien sea, con una

financiación masiva.

¿Qué opina Bruselas de todo esto? Absolutamente nada.

La tecnocracia de la UE sigue embelesada por la [Norte]América de los años de Obama, una tierra de poder blando, políticas identitarias y capitalismo neoliberal culto y cosmopolita.

Esperan (y dan por hecho) que la influencia de Trump se vea eliminada en las elecciones legislativas de mitad de mandato del año que viene. Las élites gobernantes de Bruselas siguen confundiendo el poder cultural de la centroizquierda estadounidense con el poder político.

El conservadurismo estadounidense, por lo tanto, parece estar reconstruyéndose como algo más duro, más cruel y mucho menos sentimental. Aspira a emerger también como algo más centralizado, coercitivo y radical.

Con muchas familias en EEUU y Europa al borde de la quiebra y la posible expropiación a medida que la economía real se derrumba, este segmento de la población --que ahora incluye una proporción cada vez mayor de la clase media-- desprecia tanto a los oligarcas como al establishment y se acerca cada vez más a una respuesta posiblemente violenta.

Entonces, la guerra cultural se trasladará de la arena pública al campo de batalla de las calles.

La actual Administración estadounidense está, sobre todo, apegada a la antigua noción de grandeza, a la grandeza individual y a las contribuciones que la grandeza aporta a toda la civilización.

El transgresor individual, por ejemplo, desempeña un papel importante en las teorías de Ayn Rand sobre el industrial y el genio (en sus novelas, siempre hay un fuerte elemento del 'outsider' como ese tipo de transgresor criminal que aporta una nueva energía que los 'insiders' no pueden proporcionar), escribe el politólogo Corey Robin.

En resumen, existe una afinidad no tan secreta entre el conservadurismo populista actual y el radicalismo de ultraderecha. Sin embargo, como expone Emily Wilson en su libro 'The Iliad', la pérdida de la grandeza rara vez se recupera fácilmente.

No se puede escapar a la analogía de La Ilíada con la actualidad, en la que Trump busca recuperar la "grandeza" de su país (y, de paso, alcanzar la kleos (reputación) personal eterna). Hoy en día, podríamos referirnos a ello como el "legado" de Donald.

En La Ilíada, es definitorio y otorga a los líderes mortales la capacidad metafórica de superar la muerte a través del honor y la gloria.

Sin embargo, no siempre acaba bien: Héctor, el protagonista, que también busca el kleos, es engañado para que combata y muere bajo los muros de Troya. Trump bien podría prestar atención a la moraleja de la historia de *La Ilíada*.

Strategic Culture Foundation / observatoriodetrabajad.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/una-tormenta-en-occidente-el>